



Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote - 2008

Queridos hermanos sacerdotes:

En esta fiesta entrañable para nosotros recordamos nuestro camino personal de fe y de amor a Jesucristo, al que primero comenzamos a seguir con gozosa entrega como nuestro Camino, Verdad y Vida. Y actualizamos sobre todo la unión de toda nuestra existencia a Jesucristo Sacerdote. Hemos sido consagrados por el Espíritu Santo, en el sacramento del orden sacerdotal, para el anuncio de la Palabra de la Verdad y para hacer de nuestra vida una ofrenda de salvación, asociada al sacrificio de Jesucristo en la cruz. Así continuamos el encargo, recibido del Buen Pastor, de ser pastores del rebaño que él adquirió con su sangre.

Esta significación divina de nuestra pobre historia humana ha comenzado y continúa en nosotros como una peripecia de amor. Hemos acogido como dirigidas a cada uno estas palabras de Jesús: *“Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre”* (Jn 15, 15).

Ser cristiano y ser sacerdote sólo se pueden entender, vivir y testimoniar desde la amistad personal, renovada cada día, con Jesucristo. Para conocer y amar a Jesús hay que reclinar la cabeza en su pecho como lo hizo el discípulo amado en la última cena (Jn 13, 23).

El ambiente actual de indiferencia religiosa puede hacer surgir también en nosotros la inquietante pregunta: ¿dónde está y dónde se manifiesta Dios? Si esto nos ocurriera, hemos de recuperar la experiencia originaria que suscitó en nosotros la palabra de Jesús: Os he dado a conocer lo que yo mismo conozco del Padre. Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar. Nadie ha visto nunca a Dios. El Hijo único, que es Dios y descansa en el corazón del Padre, lo ha dado a conocer (cf Jn 1,18). **Jesús nos ha mostrado su amistad, dándonos a conocer al Padre, que está presente y se hace visible en él.**

La amistad y comunión con Jesús es comunión y amistad con Dios, plenitud de la vida y del gozo (cf 1 Jn 1, 1-4). Nuestra comunión de vida y nuestra amistad con Jesucristo es la fuente de donde han de brotar todas las respuestas que estamos llamados a dar a las más hondas preguntas que nos formulen los hombres de hoy.

La amistad con Jesús convierte al sacerdote en un auténtico teólogo, que habla a los hermanos del Dios manifestado en figura humana. La amistad con Jesús es la fuente de aquellas respuestas verdaderas que se dan no sólo con palabras, sino con toda la existencia. Nuestra comunión de vida con Cristo es luz que ilumina a los hombres para reconocer la gloria del Padre que está en los cielos.



Nuestra amistad con Jesús no brota espontáneamente de nosotros; es la respuesta y el fruto que hace brotar en nosotros el amor de quien nos amó primero, el amor de Jesús que *“habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”* (Jn 13, 1). Este amor hasta el extremo fue calificado por Jesús en los discursos de despedida como un amor de amistad a sus discípulos: *“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos* (Jn 15, 13). Y la primera carta de Juan explica: *“En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros”* (1 Jn 3,16). **El sacerdocio de Jesús es la entrega de su vida por amor de amistad hasta el extremo con el fin de que nuestro gozo sea completo** (cf Jn 15,11; 16, 24; 1 Jn 1, 4).

Esta clave del amor de amistad es muy apropiada para comprender el sacerdocio de Jesucristo y nuestra participación en su sacerdocio.

De manera semejante a lo que habían hecho los profetas del Antiguo Testamento, Jesús criticó el culto que se ofrecía en el templo y propuso una nueva concepción del sacerdocio.

La reinterpretación del culto por los profetas podemos verla reflejada en los poemas del Siervo de Yahvé que ofrece el segundo libro de Isaías, principalmente en el cuarto poema (Is 52, 13-53,12). Se habla allí del Siervo de Dios que soportó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, que fue traspasado por nuestros crímenes y triturado por nuestros pecados; y, sin embargo, fueron sus heridas las que nos curaron. El Señor descargó en él la culpa de todos nosotros. El poema concluye hablando de la pasión y muerte sustitutoria “por muchos”, que es considerada como el sacrificio expiatorio mediante el cual el Siervo justo justifica a muchos (cf Is 53, 10-12).

En estos pasajes proféticos y en los salmos el lenguaje cultural tradicional adquirió un sentido nuevo más personal y espiritual: *“Los sacrificios no te satisfacen; si te ofreciera un holocausto, no lo querría. El sacrificio que Dios quiere es un espíritu contrito: un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios, no lo desprecias”* (Sal 51, 18). Los salmos hablan del sacrificio de alabanza (cf Sal 50, 14.23); pero en ellos y en el cuarto poema del Siervo la entrega del corazón posee no sólo una dimensión interna sino también externa y corporal: *“Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me abriste el oído; no pides holocaustos ni víctimas. Entonces yo digo: Aquí estoy, para hacer lo que está en el libro sobre mí. Amo tu voluntad, Dios mío, llevo tu ley en mis entrañas”* (Sal 40, 7-9).

En la línea de esta reinterpretación profética del sacrificio y del sacerdocio, la autoconciencia de Jesús se halla expresada en la afirmación de que él *“vino para dar su vida en rescate por muchos”* (Mc 10,45). El sacerdocio de Jesús significa ofrecerse en lugar de aquellos que merecieron la muerte por el pecado; en el sentido de una muerte sustitutoria que acontece entregando la vida por muchos, para que ellos tengan vida.



En la última cena Jesús empleó la terminología de los sacrificios sacerdotales al hablar de la “sangre de la alianza”, en referencia al sacrificio de alianza del Sinaí, pero recurrió a la promesa profética de una alianza nueva (cf Jer 31,31) y habló de la “nueva alianza” y de su entrega “por muchos” (cf Lc 22,20; 1 Cor 11,25; Is 53,12). Así Jesús interpretó como los profetas la idea del sacrificio como autoinmolación personal. Por ello, Jesús no intentó ofrecer o sacrificar algo a Dios; se sacrifica a sí mismo. Todo su ser es ser para Dios y ser para nosotros.

Una interpretación semejante se encuentra también en la Carta a los Hebreos. Esta carta se inspira en el salmo 110,4: *“Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”*. El sacerdocio de Jesús es el cumplimiento definitivo del sacerdocio de Melquisedec y su sacrificio es la inmolación de sí mismo. La Carta a los Hebreos pone en boca de Jesús, al entrar en el mundo, la enseñanza del salmo 40, 7-9: *“No has querido sacrificio ni ofrenda, pero me has formado un cuerpo... Entonces yo dije: Aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad... Por haber cumplido la voluntad de Dios, y gracias a la ofrenda que Jesucristo ha hecho de su cuerpo una vez para siempre, nosotros hemos quedado consagrados a Dios”* (Heb 10, 5.7.10).

El sacrificio de la sangre de Cristo ha purificado nuestro corazón de mala conciencia y ha lavado nuestro cuerpo en agua pura. A través de su carne, Cristo nos ha abierto un camino nuevo, que tiene entrada libre al santuario de Dios, es decir, que nos lleva a ser pueblo sacerdotal de Dios.(cf Heb 10, 12-23).

Según la Carta a los hebreos, la concepción pagana de sacerdocio y sacrificio, de la que fue modelo Melquisedec, y la concepción del Antiguo Testamento, realizada en el sacerdocio levítico, son superadas. Jesús, con su muerte en cruz, perfeccionó los sacrificios humanos y al mismo tiempo acabó con ellos (cf Heb 7, 27; 9,11; 10,10). Él es el definitivo y sumo sacerdote y mediador de la nueva alianza (Heb 8, 6.13; 9,15; 12,24). Jesús es el único mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2,5).

Jesús no se entendió a sí mismo como un sacerdote del templo de Jerusalén, sino como sacerdote de la alianza nueva, que se ofrece a sí mismo en sacrificio en favor nuestro como servicio máximo y extremo de amistad. En cada situación de caída en el pecado y en la muerte (cf Rom 5,12), de la que no podemos salvarnos nosotros mismos, Jesucristo se pone en nuestro lugar y nos da nueva vida mediante su servicio de amistad.

El sacerdocio de Jesús, así entendido, es el centro de la fe cristiana y es revelación del misterio de Dios, que es amor (1 Jn 4, 8.16): *“Pues tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único”* para que tengamos la vida eterna (Jn 3,16). Nunca acabaremos de comprender lo suficiente este misterio del amor y de agradecerlo de corazón. Pero el camino para acercarnos a esa meta nos ha sido indicado por el apóstol Pablo en la carta a los Romanos: *“Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Este ha de ser vuestro auténtico culto. No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario,*



Carlos López Hernández

transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom 12, 1-2).

Nuestra respuesta sacerdotal a la amistad de Jesús, es dar a conocer a los hombres de nuestro tiempo lo que él nos ha enseñado sobre su Padre, el amor que nos tiene y la vida que nos ha entregado y nos ofrece cada día en la Eucaristía. Ofreciendo nuestra vida y ministerio en comunión con Cristo como un culto espiritual, nuestro sacerdocio se convierte en mediación para que el Espíritu Santo consagre a todos los fieles como pueblo sacerdotal, que presenta a su vez su existencia cristiana como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.